

XXVI JORNADAS NACIONALES DEL PATRIMONIO CULTURAL DE LA IGLESIA

*“Las nuevas expresiones artísticas y el lenguaje de la fe. Diálogo
con los artistas actuales”*

COMUNICACIÓN (Martes 27 de Junio)

“Estética, catequesis y ornamento.
Una visión del arte sacro español a través
de los murales madrileños del siglo XX”

Tras repasar la historia del arte sacro español, y en concreto del arte madrileño, durante el último siglo, vemos que cada periodo en que podemos dividir este estudio (1900-1950 / 1950-1964 / 1964-2000) ha tenido sus propias características y repercusiones. Si nos fijamos en el primer tramo, que abarca desde el principio de siglo hasta la posguerra española (1900-1950), nos damos cuenta de que el arte sacro apenas progresó, sobre todo si atendemos a los primeros treinta años. Es curioso observar cómo hasta la guerra civil sólo nos encontramos con cuatro murales religiosos en todo el panorama artístico madrileño, teniendo en cuenta, además, que dichas obras no se separan mucho de los cánones seguidos en el siglo XIX. Las primeras vanguardias, todavía nacientes, no tenía interés para la Iglesia y, por lo tanto, no se realizaba ninguna obra sacra de cierta envergadura artística que asumiera aspectos renovadores, pues tampoco se sentía necesidad alguna de reformar nada, y mucho menos el arte, ya que todavía no se asumía que el éxito de su finalidad litúrgica debía residir en la calidad y en su relación con la modernidad artística. Por esta razón, nos encontramos con algunas obras de pésima calidad, todas ellas más propias de tiempos pasados que de la época en la que se crearon, y sin ninguna preocupación por fijarse en los movimientos artísticos modernos del momento.

En el segundo periodo (1950-1964), el progreso de la mentalidad eclesial y la nueva visión respecto a su labor, basada en la necesidad de una profunda reforma en muchos aspectos de las actividades que desarrollaba la Iglesia, hizo que el arte sacro comenzara a salir del letargo decadente en que había caído. La preocupación por crear un arte religioso innovador, actual y de calidad era patente, y de esta manera comenzaron a surgir diferentes propuestas artísticas que traían nuevos aires. Empiezan a aparecer murales que emplean estilos actuales, y la mayoría de las obras son fieles, en mayor o menor medida, al progreso artístico de su época. Además, algunos integrantes del clero empiezan a darse cuenta de que un arte sacro de calidad necesita estar ejecutado por artistas vanguardistas de prestigio, por lo que en esta época nos encontramos con murales de Lara, Valdivieso, Clavo, Farreras, Blasco o Vaquero Turcios.

Pero no todo lo que se hizo en este periodo tiene este mismo carácter, pues ni mucho menos la Iglesia española, demostró una apertura clara y total. Además, se podría decir que la situación política y social de los artistas verdaderamente comprometidos con su arte se mantenían en una postura ideológica muy lejana a la que mantenía la Iglesia, más cercana al estado gobernante de la época. Para estos artistas la imagen que mantenía dicha institución religiosa era claramente retrógrada, pero para otros, más cercanos al

pensamiento del régimen y con una posición artística generalmente alejada de las vanguardias, no tanto.

Por último, si repasamos las obras del último periodo (1964-2000), vemos que es un pobre bagaje para las ilusiones que se tenían puestas tras el Vaticano II. Este Concilio se preocupó en poner, entre otras muchas cosas, un poco de orden en la liturgia, y que se evangelizara con un lenguaje más adecuado a los tiempos modernos, en un intento de reconciliación con el mundo profano, inmerso en una gran secularización que iba aumentando desde el siglo XIX. Pero parece ser que, desde la perspectiva actual, no se ha conseguido demasiado, pues en muchos casos priman otros aspectos en un proyecto de obra sacra que su propia calidad artística. Así pues, otra de las conclusiones evidentes a la que llegamos es que el arte sacro sigue en crisis, y olvidado por la mayoría de los artistas de nuestro país. Las causas de que este profundo problema son variadas, pero una cosa queda clara: en este periodo, sobre todo a partir del comienzo de la democracia, la Iglesia española pierde el carácter de referencia política y cultural de la sociedad. Este carácter se recuperó algo, de un modo un tanto engañoso, durante los años posteriores a la guerra, pero ha desaparecido en los últimos treinta años, sobre todo tras la disolución del régimen. Intentaremos resumir los diferentes problemas que existen en la actualidad para una reconciliación positiva entre arte e Iglesia.

Por un lado, el arte de vanguardia del siglo XX se ha venido caracterizando por su libertad funcional, es decir, por no querer tener una finalidad “útil”, ni acaso de decoración o ambientación, postura ésta que puede permitir ahondar más en el carácter espiritual y trascendente a la obra. Cuantas veces aparece, ante cuadros sumamente comerciales, la expresión de que dichas obras son de “tiendas de muebles”, refiriéndonos a pinturas que tienen una exclusiva finalidad decorativa “a priori”, es decir, se han creado en un principio sólo para ejercer esa función, con la cual estaremos o no de acuerdo, pero que se aleja bastante del principio conceptual de una obra de arte actual. Gran cantidad de los movimientos artísticos nacidos en el siglo XX no se fijan en un destinatario único, sino que se plantean desde una óptica muy personal del artista, visión que luego puede ser compartida o no por la sociedad. Digamos que el sentido de una obra de arte no reside en su posible funcionalidad.

Esta hecho es otro de los problemas para que apenas exista el casamiento entre el arte contemporáneo y la Iglesia. El arte sacro demanda, como hemos visto, unas determinadas funciones litúrgicas que toda obra debe cumplir, pues su contemplación no debe detenerse en sí misma, sino que debe servir como camino hacia Dios, y esta obligación puede recortar al artista en su libertad, tal como se entiende ésta actualmente. Si observamos el recorrido de la funcionalidad del arte en la historia, vemos que a los artistas les ha costado demasiado conseguir esa libertad a la que nos referimos anteriormente, pues prácticamente hasta el siglo XIX el arte solía tener siempre una finalidad representativa del grupo de mecenas que sostenían y mantenían dicho arte. Por esto se puede entender que, en pleno siglo XX, a los artistas les cueste mucho renunciar a su individualidad para entregar su arte a una determinada misión, aunque ésta sea divina. Para las obras que debían asumir esa funcionalidad “a priori”, nació, en el transcurso del último siglo, una rama artística que se denominó diseño, campo amplísimo que tiene sus propias particularidades y características, y que ha llegado a imponerse en las escuelas de arte como una especialidad más, sumándose a las disciplinas clásicas como la pintura, la escultura, el grabado, etc.

Además se suma el hecho de que el arte sacro debe dirigirse y ser la expresión a la vez de una comunidad determinada, lo cual hay que tener en cuenta a la hora de crear la obra, hecho que va la mayoría de las veces contra el funcionamiento creativo actual del

arte. El artista contemporáneo no se preocupa demasiado por si su obra es entendida por el público, y no está acostumbrado a cambiar su manera de hacer para que el grupo comprenda su obra al contemplarla, pues generalmente se suele trabajar de una forma muy privada; se podría decir que el arte vanguardista nunca ha sido un arte de masas, ni tampoco demasiado popular. También hay que tener en cuenta que cada artista emplea su propio lenguaje para expresarse, y es complicado que una comunidad poco preparada, tanto por parte de los religiosos como de los fieles, acepte todas estas diferentes formas artísticas. Sin embargo, hay que tener en cuenta que también existen corrientes estéticas que plantean cómo el artista no debe limitarse sólo a expresar sus sentimientos individuales, sino que no debe perder la capacidad para representar a la humanidad de la que forma parte, con la evidencia de la presencia de su tiempo histórico y la necesidad de un carácter trascendente. Si esto no es así, según las mismas corrientes artísticas, se corre el riesgo de caer en representaciones de un arte muerto, sin ubicación ni del espacio ni del tiempo donde se desarrollan; en este concepto se basa la estética de la cultura de masas. El problema reside en que los artistas no están interesados en expresar los sentimientos de un mundo católico que, en muchos casos, ellos mismos no sienten ni experimentan, ocurriendo lo mismo con gran parte de la sociedad que les rodea; la dificultad reside entonces en el poco conocimiento que el mundo artístico tiene de la doctrina católica, y no solo me refiero a un conocimiento intelectual, sino vital, punto donde aparece la polémica en cuanto a la conveniencia o no de la vivencia actual de los misterios cristianos por parte de los artistas que se enfrentan a una obra sacra.

Aunque también hay que tener en cuenta que en esta relación artista-comunidad hay que fijarse en el sentido contrario, es decir, que para que pueda existir un arte sacro de calidad los fieles deben desear un arte nuevo, y estar abiertos con confianza a las nuevas corrientes artísticas de su época. Por esta razón también habría que preguntarse si la comunidad cristiana, y no sólo la Iglesia como institución, quiere realmente que en sus templos exista un arte novedoso y de vanguardia, el cual se pueda llegar a sentir como algo cercano y, a la vez, trascendente.

Por otra parte, hay que decir que si además tratamos de pintura mural, es necesario plantearse varios factores implícitos en tales realizaciones: por un lado, tenemos la necesaria colaboración con otros artistas que trabajen en el mismo templo y, sobre todo, con los arquitectos, tanto por su ubicación como por la obligada integración de la obra con su entorno; por otro lado, el aspecto social de este tipo de realizaciones es mucho más evidente que en otras actuaciones artísticas, pues en estas obras si hay que pensar en el público que va a contemplar la obra antes de crearla al haber nacido con el fin de no ser movida del sitio donde se creó. Parece como si, de alguna manera, la obra, por el simple hecho de ser mural, formara parte del templo con mayor fuerza, pues pertenece a la “piel” del edificio. Pero, por desgracia, la actividad mural, que como hemos visto había renacido en nuestro país en los años 50 y 60, empezó a decaer a partir de los 70 hasta nuestros días. Este problema se suma al anterior, en la falta de obras murales sacras en los últimos treinta años del siglo que nos precede. Es posible que otra de las causas que ha hecho desaparecer la pintura mural podría basarse en la preferencia, sobre todo desde el Concilio, por los templos muy poco recargados, sustituyendo los muros pintados por paramentos con vidrieras, contando con el elemento del color de una manera más etérea. Esta práctica se comenzó a realizar en los años 60, y de hecho muchos de los diseñadores de tales vidrieras fueron pintores, actuación que se sigue produciendo hoy en día.

También hay que hablar de la falta de una apertura total de la Iglesia, que parece que ha perdido ese espíritu renovador del Concilio Vaticano II. Pienso que quizás, según estaban las cosas en materia de arte sacro, las normas que entonces se dictaron fueron poco valientes, y se debieron adoptar medidas más comprometidas con la modernidad. La falta de una aceptación real del arte contemporáneo tal como existe en cada momento, y al que todavía muchos miembros eclesiásticos veían y ven con desconfianza, ha sido otra de las principales dificultades en la relación entre el arte y la Iglesia. Si realmente se hubieran abierto las puertas de los templos a las creaciones contemporáneas de la época, hoy en día comprobaríamos que la evolución del arte sacro habría alcanzado cotas de calidad mayores y de más actualidad.

Por poner un ejemplo, se ha discutido mucho de la necesidad que tiene el arte sacro en representar a lo inefable, cuestión que, por otro lado, ya fue tratada en parte por el arte conceptual como representación de un hecho trascendente. Además, si tenemos en cuenta que una de las principales cualidades que debe tener el arte sacro en los templos, según la Iglesia, debe ser su ayuda a la celebración litúrgica, pues nada mejor que usar un arte activo, en movimiento real, implicando a todos los participantes en la celebración religiosa. Así pues, si la apuesta por conseguir un arte sacro actual se hubiera hecho con valentía, hoy deberíamos estar hablando de cómo algún tipo de arte conceptual se podría haber introducido en los templos; representar la celebración litúrgica mediante una especie de “happening” o “performance”, arte en donde, como nos recordaba autores como Plazaola, se percibe el acontecer y devenir de la acción, para que toda la comunidad que se reúne los domingos en el templo participara activamente, sería una actividad ciertamente positiva, y que representaría una clara evolución en la manera de entender el nuevo arte sacro desde una perspectiva artística actual, pues gran parte del arte de hoy no quiere públicos pasivos.

Ni que decir tiene que tampoco se emplean en la iglesia los avances tecnológicos que se han producido en el terreno de la imagen y del arte; el sacerdote podría contar en la celebración de su misa con el uso de la fotografía, ya sea mediante diapositivas o el ordenador, y del vídeo, medios artísticos que han tenido una profunda evolución en el último siglo, combinando e integrando la imagen con sus alocuciones, para de esta manera comunicar de una forma más actual el mensaje divino, manera de actuar que, estoy seguro, agradecerían muchos de los feligreses que hoy en día acuden con cierto aburrimiento a su templo. Por ejemplo, hoy en día se hace patente el éxito de medios como el televisivo para concentrar la atención, preocupación e ilusión de grandes masas de población, con determinados programas. Pero hay que lamentar la manera en que se oficia la misa hoy en día, formas rutinarias que se repiten semana tras semana, cayendo en una gran monotonía generalizada, sin contar con la opinión o colaboración de artistas y entendidos en las diferentes formas de expresarse y comunicarse con la sociedad actual. Hasta que la Iglesia no mire de esta forma las posibilidades tan valiosas que puede aportar al arte moderno a la liturgia, con una mente libre de prejuicios y con una fuerte determinación renovadora, el arte siempre estará en un lado muy distinto a las preocupaciones eclesiales, y no será posible alcanzar un verdadero arte sacro de calidad que llegue a emocionar.

Pero nos encontramos con el grave problema, y es la poca preparación artística de muchos párrocos y sacerdotes que se encargan de las diferentes parroquias. En general esta preparación es actualmente mejor que hace cuarenta años, pero todavía falta mucho por hacer en el terreno de las artes plásticas, pues es fácil encontrarse con clérigos cuyo problema no reside sólo en la poca capacidad para comprender y aceptar el arte contemporáneo, sino en que apenas lo conocen. Además ese carácter aperturista, basado en la búsqueda de colaboración con gente preparada, debería ser una de las virtudes que

tendría que destacar en la generalidad de la curia. Bien es verdad que allí donde esto es así, y además el párroco o abad tienen una sólida formación artística o, por lo menos, una cierta confianza por el valor positivo que puede aportar una obra contemporánea en el arte sacro, se realizan actualmente obras de calidad, pero esto, desgraciadamente, se suele producir en pocas ocasiones en nuestro país. Por lo tanto, la primera que tiene que aceptar el arte de vanguardia es la Iglesia, pues cuando le interesa impone con su autoridad la defensa de diferentes normas y dogmas, a veces sin tener en cuenta el parecer o la comprensión del pueblo. Con el mismo ímpetu debería colaborar en llenar sus templos de arte contemporáneo, pero para ello hace falta primero, no lo olvidemos, que la comunidad eclesial acepte este arte antes que el pueblo. No vale la excusa de que el pueblo no entiende ni comprende dicho arte, cuando la realidad podría ser que los primeros que no lo aceptan son los propios miembros del clero.

Por último, si nos referimos a la entrada de la abstracción en el arte sacro madrileño, en relación con el arte sacro europeo, y a la variedad del arte profano nacional en estos últimos cuarenta años, se puede decir que ha existido una contribución muy pobre en cuanto a pintura mural se refiere, pues su mayor incidencia se ha basado en la realización de vidrieras. Así, si nos fijamos en la relación de todas las pinturas realizadas nos damos cuenta de que sólo tres templos poseen pinturas murales de este estilo. El primer ejemplo se realizó en la Catedral de la Almudena y recrea un ciclo decorativo, con alusiones a la festividad del Domingo de Ramos y a las cosmogonías como representación celestial del Señor. La segunda obra corresponde a Vaquero Turcios, que con su baptisterio logra expresar un sentido claro de trascendencia, y nos introduce en un ámbito superior, transportándonos a un estado de irrealidad que nos ayuda a meditar y a celebrar el acto que es propio en este lugar: el bautismo de un nuevo miembro de la comunidad cristiana. La última aportación abstracta ha sido realizada por mi persona en una iglesia de la sierra madrileña. En ella he tratado, siendo fiel a mi estilo pictórico, de integrar la arquitectura clásica del templo con unas formas artísticas modernas, todo bajo un fuerte carácter simbólico que pudiera representar el sentir cristiano de la comunidad a la que pertenece el edificio.

Sin embargo, si tenemos en cuenta que estas son las tres únicas obras abstractas que se han realizado en las iglesias madrileñas en el siglo XX, vemos que es un panorama bastante decepcionante, sobre todo si se tienen en cuenta los ánimos que se intentaron infundir a partir del Concilio Vaticano II para que el arte profano actual se viera reflejado con una mayor intensidad en el arte sacro. Quizás el problema resida en que la Iglesia, a pesar de los numerosos debates teóricos mantenidos durante toda la segunda mitad del siglo XX, no ha sabido encontrar el sitio y la función idónea que la pintura abstracta debe tener en un templo, pesando mucho todavía la importancia conceptual que aún tiene la figuración en el arte sacro cristiano, sobre todo en cuanto a la representación del misterio de la Encarnación se refiere, hecho fundamental para esta religión. En cambio, si se admiten otros tipos de abstracción si nos fijamos en la arquitectura o la música, pero el problema llega cuando sólo se valora en la pintura o escultura su carácter de imagen, como representación física del cuerpo de Cristo; no se tiene en cuenta la complementariedad que también pueden aportar el uso de la abstracción en dichas artes, y como con su introducción en los templos se podría llegar a una expresión más integral y total de Cristo, pero, por desgracia, la mayoría del clero sigue observando dicho estilo como un elemento que con su “fantasía” puede producir arbitrariedad, descentramiento y alejamiento de Dios, problema que viene dado por pensar exclusivamente en su representación corporal y no en lo absoluto y trascendente, lo cual podría llegar a ser más exacto.

Por todo ello, se podría resaltar que, en general, la Iglesia española mantiene hoy en día una inactividad considerable respecto a la introducción del arte contemporáneo, perdiéndose el espíritu renovador del Concilio, lo cual ha llevado a un incremento de la secularización general de la sociedad, que llega a repercutir incluso hasta en el número de ingresos en los seminarios. ¿Cuántos pintores representativos del arte de nuestro país trabajan hoy en el arte sacro? Quizás sólo se pueda destacar el grandioso trabajo mural que Miquel Barceló ha realizado actualmente para la catedral de Palma de Mallorca, en contraposición a los polémicos paneles pintados recientemente por Kiko Argüello para la catedral de la Almudena de Madrid, lo cual evidencia dos cosas: por un lado, el poco número de encargos interesantes y de calidad contrastada que formaliza actualmente la Iglesia; y por otro, como gran parte del clero español sigue anteponiendo unos ciertos valores litúrgicos a la obra sacra sin que interese tanto la calidad plástica y artística del resultado final. Por lo tanto, se podría afirmar que en estos últimos cuarenta años de plena actividad artística y de integración con nuestro entorno europeo, el arte sacro sigue sin interesar al arte profano español, y viceversa, con lo que la crisis en su relación es una evidencia, sobre todo en lo que a pintura mural se refiere. Esperemos que los encargos cercanos al arte contemporáneo se extiendan más por nuestra geografía nacional, y que lleguen a ser el punto de partida para un posible cambio en donde el arte actual se pueda expresar con libertad dentro de un templo. Para ello, la Iglesia debe encargar sus obras a auténticos creadores, y permitirles desarrollar su libertad creadora fieles a su estilo, mientras no cometan errores clarísimos en la interpretación teológica de su obra. La obra debe poseer una autonomía artística que concuerde con la expresión de su autor, y sólo caben las imprescindibles formalidades dictadas por los requerimientos litúrgicos. De este modo se conseguirá que la expresión plástica del arte sacro sea adecuada con la sensibilidad y cultura del momento.